

una parte de la provincia de Africa y de todo el país recorrido por los cimbrios en la transpadana y la compra de otras tierras en Sicilia y en Grecia, para repartirlas también; Mario quedaba encargado de esta distribución y de dar á tres extranjeros en cada colonia el derecho de ciudad. Esto era declararlo monarca. Los senadores, exceptuando Metelo, que se desterró, se vieron obligados á jurar aquella ley.

Marius parecía satisfecho y dejaba obrar á Saturninus y á Glaucio. El primero hizo nombrar cónsul á un hijo supuesto de Tiberio Graco, y mandó matar á uno de sus competidores. Los nobles obligaron á Mario á desenvainar la espada contra sus cómplices, y Saturnino, que se había apoderado del Capitolio con sus bandas, pereció, lo mismo que Glaucio. Viendo, poco después, Mario, que todo el mundo lo había abandonado, se desterró.

Todo parecía augurar una era de paz; las últimas tentativas de los demagogos habían espantado no solo á la aristocracia, sino á los ricos y se habían unido los dos órdenes contra aquel proletariado ávido y voluble, bueno para destruir pero incapaz de edificar nada; como siempre sucede y sucederá, el temor de la anarquía unió á los partidos conservadores. Mientras esta unión auguraba el fin de las luchas interiores, las armas de la República se cubrían de gloria en España con Didio y Craso y uno de los Ptolomeos, dejaba en herencia á Roma la fértil Cirenaica. Con todo un sordo y prolongado clamor de los pueblos italianos podía hacer prever la tormenta. Los romanos á pesar de haber concedido el derecho de ciudadanía á varias ciudades italianas, de hecho los confundían á todos en el mismo desprecio y el mismo tratamiento cruel. Pero además de esto, la injustificable distinción entre los italianos ciudadanos de

Roma y los que no lo eran, distinción que se hacía más sensible en la cuestión de intereses, puesto que mientras el romano podía ser propietario, el italiano no podía ser considerado así, ni sus nupcias se tenían como legítimas, ni sus contratos eran origen de derechos y deberes perfectos, estimulaba constantemente á aquellos hombres que derramaban por todo el mundo su sangre en defensa de Roma, á obtener de grado ó por fuerza el derecho de ciudadanía. Este había sido el caballo de batalla de todos los agitadores de Roma y cada una de aquellas luchas en el centro de la ciudad resucitaba las esperanzas de aquellos desheredados ó encendía en sus pechos un odio implacable cuando venida la reacción, eran arrojados ignominiosamente de Roma.

Por estos tiempos tuvo lugar una gran tentativa con el objeto antes indicado y, cosa singular, partió de las filas de la nobleza. Livio Druso, hijo del grande enemigo de Cayo Graco, fué el héroe de este interesante episodio de las conmociones intestinas de Roma. Quiso aliar al pueblo y al Senado en contra de la aristocracia de los ricos, de los caballeros, para quitarles el arma de los juicios y del conocimiento en materia de concusiones, con lo que aseguraban la impunidad de sus agentes que exprimían inexorablemente las provincias. Las reformas propuestas por este hombre extraordinario, tendían á colonizar una parte de la Campania y de la Sicilia, á aumentar las distribuciones de la *ancona*, á privar del poder judicial á los caballeros y lo que era más grave, á dar á los aliados italianos el derecho de ciudad. Los caballeros lucharon á brazo partido contra el reformador y el Senado lo rodeaba de simpatías pero vacilaba en seguirlo; entonces Druso, formó, á juzgar por un fragmento de Diódoro recientemente

descubierto, una asociación secreta de mútua defensa entre él y los italianos que se ligaban con solemnes juramentos. Los caballeros lo hicieron asesinar y aprovechándose del estupor general, hicieron derogar sus leyes por el Senado y obligaron al pueblo á decidir que sería desterrado todo el que hubiese favorecido á los aliados y á todo italiano que se mezclase en los negocios de Roma.

Los italianos contestaron á esta ley con una insurrección que conmovió toda la Italia central y meridional. Se conoce esta lucha con el nombre de *guerra social*. El incendio estalló en Ausculum con el asesinato de todos los romanos que ahí habitaban y se transmitió en el acto á los países marsos y sabelios. Los insurrectos eligieron por capital á Corfinum, que se llamó Italia (*Vitelia* decían los samnitas) y allí establecieron su Senado, sus cónsules, etc. Los primeros cónsules fueron un bravo y entendido amigo de Mario y de Druso *Popedius Silon* y el samnita *Papius Motulus*. Empezaron sitiando á varias ciudades y tratando de sublevar ó de apoderarse de las más importantes de la Ombria, la Etruria, la Campania y la Gran Grecia, que permanecieron fieles á Roma. El primer año de la guerra los acontecimientos militares fueron en su mayor parte desfavorables á los romanos cuyos generales fueron vencidos ó muertos y la insurrección alentada con el suceso cundía ya por la Ombria y entraba en arreglos con Mithridates, el célebre rey del Ponto, á quien la república acababa de declarar la guerra. En Roma el desaliento fué extremado y bajo esta impresión, á pesar de haber rechazado con tanta altivez las solicitudes de los italianos al principio de la guerra, se comprendió que el momento de ceder había llegado y se dió el derecho de ciudadanía á to-

das las ciudades italianas fieles ó que se sometieran. Esta hábil política desarrolló la insurrección. El segundo año las cosas cambiaron de aspecto. Entonces empezó á ocupar el primer lugar en la escena el antiguo lugarteniente de Mario, Syla, que desde la alianza de su jefe con los demagogos, le había jurado un odio implacable. Mario mismo figuró en la lucha, batiéndose siempre con habilidad, pero flojamente como que la mayor parte de sus amigos estaban entre los insurrectos. Otro general, Pompeyo, se apoderó de Ausculum, en donde se dió muerte Judacilus, uno de los caudillos más populares de la revuelta. Mientras los marsos, los pelignios, los vestinos se sometían, Metelo reducía la Apulia y Syla reconquistaba la Campania y daba á la insurrección mortales golpes en el Samnium. (89) La guerra social estaba casi terminada y resistían apenas algunas bandas en el Samnium y en Lucania y algunas ciudades como Nola, gracias á las leyes que dieron el derecho de ciudadanía á los italianos (leyes Julia y Plautia-Papiria) y á la hábil moderación con que los romanos habían usado de la victoria.

*La guerra civil.—Mithridates.*—Es verdad que los italianos eran desde entonces miembros de la ciudad, pero no sin condiciones. En primer lugar debían ir todos á Roma á inscribirse, lo que solo fué posible á los ricos y á los vagabundos, por lo que solo se registraron ménos de cien mil italianos y éstos, decepción mayor todavía, no fueron repartidos en las antiguas tribus sino que se crearon ocho ó diez tribus nuevas, que votaban en último lugar, lo que mantenía la preponderancia de los antiguos ciudadanos. Además, las prerrogativas civiles inherentes al *ius civitatis* si bien trasformaban de derecho el modo de ser de los italianos, de hecho

los dejaban sujetos á las arbitrariedades y á la tiranía de los agentes de Roma. Así es que aquella turba de nuevos ciudadanos, los indigentes, sobre todo, fueron á reforzar en el interior de la ciudad el ejército de la demagogia.

Sylla obtuvo el consulado y el mando de la expedición contra Mithridates (88 á J. C.) que por las riquezas fabulosas que se le suponían tentaba la codicia de muchos, pero sobre todo la del viejo Mario, que iba todos los días á mezclarse á los juegos de la juventud romana para mostrar su agilidad y su fuerza á los setenta años. El nuevo cónsul era, sin embargo, acreedor al premio no solo por su brillante comportamiento en la guerra social, que se disponía á terminar antes de marchar para el Oriente, sino por su bravura en ese mismo Oriente, cuando siendo propretor había restablecido á Ariobarzanes en el trono de Capadocia de donde Mithridates lo había arrojado y se había impuesto por su altiva actitud al respeto de los Parthos. Por lo demás Sylla era un hombre que despreciaba profundamente á aquel pueblo venal y corrompido, resuelto á todo sin cuidarse de la ley, y que solo vivía para la gloria ó para los placeres que habían gastado y podrido su naturaleza. Por su talento y por su carácter se puede asegurar que nunca la República había confiado puesto más encumbrado á hombre que fuera más peligroso para ella.

Mario, hombre de acción, exclusivamente, necesitaba para llegar á sus fines aliarse con un hombre de palabra y de ingenio. La suerte se lo deparó en Sulpicius, patricio pasado á las filas populares, lleno de talento, y que por su prodigiosa elocuencia y por su actividad se había hecho amar de todas las clases; Sulpicius encontraba á Roma admirablemente dispuesta para continuar la revolución iniciada por su ami-

go Druso. El pueblo hirviendo, la disciplina militar perdida y la crisis económica en tal extremo que mientras los deudores pedían la abolición de las deudas, los acreedores asesinaban en la puerta del templo de la Concordia al pretor Aselion que quería restablecer en la práctica las antiguas leyes contra la usura. Si á esto se agrega la posición personal del tribuno, acerbado de deudas, se comprenderá por qué, decidido á jugar el todo por el todo, hizo alianza con Mario y se rodeó de un pequeño ejército de mercenarios á cuyo núcleo llamaba el *anti-senado*. Inmediatamente que tomó posesión del tribunado propuso que se declarase excluido del senado á todo senador cuyas deudas excedieron de cierta cantidad corta; esto era con el objeto de volver la independencia á los senadores, pues en la actualidad estaban en su mayor parte á la disposición de los senadores ricos que eran los que en realidad gobernaban; que se abriesen las puertas de la patria á todos los que la comisión de alta traición (*de magistratis*) instituida por Vario á instigación de los caballeros, había proscrito, y que se repartiesen los nuevos ciudadanos en todas las tribus, dando á los emancipados el derecho de votar, medida que tenía por objeto conquistarse el favor del proletariado.

Los aristócratas se valieron de todos los medios posibles para impedir que se votasen aquellas mociones, pero Sulpicio promovió un terrible motín. Sylla, según algunos, solo pudo salvarse refugiándose en casa de Mario, en donde, según sus memorias, fué obligado por la fuerza á levantar los obstáculos puestos por él á la reunión de la asamblea popular. Las leyes de Sulpicio fueron votadas. Sylla había marchado entre tanto á reunirse con su ejército que estaba en campaña, y cuan-

do supo que se le había quitado el mando de la expedición contra Mithridates, para dárselo á Mario, marchó sobre Roma uniendo su ejército al del procónsul Strabon. Mario y Sulpicio hicieron alguna resistencia en el interior de la ciudad, pero los legionarios de Sylla acabaron por apoderarse de ella. Sulpicio y Mario huyeron; el primero fué muerto en su fuga y el segundo después de recorrer en medio de trágicas aventuras las costas italianas, se refugió en Africa, en donde anduvo errante y perseguido con un hijo y algunos de sus partidarios hasta que los acontecimientos le permitieron volver á la patria.

La guerra civil había, pues, comenzado y el ejército permanente, obra de las circunstancias que Roma había atravesado, hacía su entrada en la escena política, para no salir más de ella. El más poderoso elemento de la revolución monárquica estaba ya listo ¿quienes habían de traer al monarca, los aristócratas ó los demagogos? Este era el problema.

Sylla se ocupó de restaurar el antiguo carácter aristocrático de la constitución, mientras las noticias que llegaban del Asia exigían su marcha. Creía partir dejando sólidas garantías al partido de los *optimates*, pero no fué así; los nuevos comicios elevaron al consulado á un agitador furioso *Cinna*. Sylla tuvo que resignarse y habiendo fracasado su proyecto de dejar el mando del ejército del N. que iba á hacerse dueño de la situación, á un devoto suyo, se embarcó con sus legiones para el Asia.

En aquellos momentos casi todo el oriente estaba perdido para Roma. Egipto desmembrado y debilitado por las luchas intestinas, el trono seleucida, gracias también á las discordias domésticas, no podía luchar ni contra los piratas de Kilikia, ni contra los *cheiks*

árabes, ni contra los príncipes judíos, y este estado de cosas había favorecido el desarrollo de nuevas potencias. A la muerte del noveno rey Arsakida, Mithridates II, el reino de los parthos había entrado en un período de debilidad, que permitió el engrandecimiento de la Armenia reunida toda bajo el cetro de Tigranes, por el tiempo que vamos historiando. A este engrandecimiento había coadyuvado el suegro de Tigranes, Mithridates Eupator rey del Ponto. Este célebre sultán, había empezado á gobernar asesinando á las personas de su familia; siguiendo los hábitos orientales y dotado de cualidades físicas y morales muy notables, al lado de espantosos defectos, se había presentado como una especie de héroe semi-griego en aquellas regiones, aprovechándose de los cuidados de Roma, para hacerse en los alrededores del Ponto Euxino un reino que comprendía todo el litoral oriental y septentrional de este mar hasta más allá de la península de Crimea. Una vez dominado el Ponto por completo, Mithridates emprendió con más ó menos éxito y aliado con Tigranes, la conquista de la Paflagonia y de la Kapadokia. Sylla, siendo propretor de Kilikia, lo había hecho desistir en apariencia de estos intentos; pero después volvió á ellos, solo que ya entonces, disgustado con Nikomedes de Bitinia, aliado de los romanos, se decidió, provocado por Aquilio, á hacer á éstos la guerra. Los armamentos de Mithridates eran inmensos como esa energía feroz que lo impelió á ordenar el asesinato de 80000 italianos de todos sexos y edades en el Asia Menor, al principio de la guerra. Gracias á sus buenos generales griegos, el rey del Ponto ocupó el Asia Menor, y poco después, presentándose como el libertador de los griegos, invadió por la Tracia, la Macedonia, y á poco, se impuso á toda la Gre-

cia. Ya era tiempo de que llegase Sylla. (87 á. J. C.)

Este empezó batiendo á los generales de Mithridates y poniendo sitio á Athenas que tomó por asalto é hizo pillar cruelmente. En estos momentos, la falta completa de una escuadra, que uno de sus lugartenientes, Lucullus, reunia á duras penas en el mar Egeo, lo obligó á esperar. Dos ejércitos de Mithridates muy superiores al suyo en número, vinieron á presentarle batalla sucesivamente; á los dos los venció, y destruyó en Koronea al uno, y al otro en Orcomenos. Entre estas dos batallas, supo Sylla que la revolucion dominante en Roma lo habia destituido, y que un ejército romano mandado por Flaccus, venia á reemplazarle. Sylla esperó á su competidor, pero no llegó el caso de combatir, tomando Flaccus el camino del Asia. Al llegar á ella, el general revolucionario fué depuesto por un motin de sus soldados acudido por el demagogo Fimbria, y ejecutado poco despues. Fimbria batió al hijo de Mithridates y se apoderó de Pergamo, al mismo tiempo que las ciudades del Asia Menor, cansadas de la dominacion del rey, le cerraban sus puertas, y que Lucullus dominaba con una fuerte escuadra el mar Egeo. Se decidió á tratar con Sylla, que lo obligó á abandonar sus conquistas, á darle todas sus escuadras y á pagarle una fuerte indemnizacion de guerra. Sylla fué en persona al Asia á celebrar la paz, y su sola presencia bastó para desbaratar el ejército de Fimbria, que se dió la muerte. Cargado con un inmenso botin y seguido por 1300 navios, volvió Sylla á Italia; desembarcó en Brindisi, y anunció al Senado su llegada en un tono que era un indicio de lo que iba á suceder. (83).

En los cuatro años que habia durado la ausencia de Sylla, habian tenido lu-

gar grandes acontecimientos en Italia. Roma era presa de una agitacion febril cuando la dejó Sylla; el nuevo cónsul Cinna, aprovechó el instante en que aquel se alejaba rumbo á la Grecia, para promover de nuevo la igualdad civil entre los antiguos y los nuevos ciudadanos y una amnistia para todos los complicados en la revolucion de Sulpicio. Los mejores colaboradores del cónsul, fueron Papirio Carbon y Quinto Sertorio, tan célebre despues por sus proezas en España; pero á pesar de la actividad desplegada por ellos, los aristócratas se sobrepusieron á viva fuerza á sus contrarios; millares de cadáveres quedaron tendidos en el *Forum* y en la *Via Sacra*, y los agitadores tuvieron que huir de Roma. Presentáronse á los italianos como víctimas de su amor por ellos, y lograron que el ejército de Campania, que sitiaba á Nola, se pusiese á sus órdenes. Entretanto, Mario habia desembarcado en Etruria con un puñado de partidarios, pronto engrosado con esclavos italianos y bandidos de todas especies. El gobierno de Roma llamó en su auxilio á Pompeyo Strabon, el vencedor de Ausculum, quien se manifestó vacilante y dejó á los revolucionarios comenzar el asedio de Roma, batiéndolos cuando se ofrecia, pero sin emprender nada definitivo. Parece que queria aparecer como un mediador necesario y apoderarse del poder. El Senado concedió á las ciudades italianas todo cuanto pedian, con tal que enviasen sus contingentes; llamó á Metelo, que tuvo que dejar libres á los samnitas que se unieron á Mario, hasta que la muerte de Strabon, la peste y los avances de Mario y los suyos, obligaron á Roma á rendirse. No bien habia el vencedor de los cimbrios puesto el pié dentro del recinto de la ciudad, cuando comenzaron las matanzas; varios personajes ilustres perecieron y sus cabe-

zas fueron clavadas en la columna rostral del *Forum*. Las bandas de esclavos y de asesinos del vencedor, sembraron el espanto en Italia; Sertorio logró una vez apoderarse de algunos millares de estos facinerosos, y los acuchilló sin piedad. La muerte de Mario puso término á aquella saturnal sangrienta, y Cinna siguió gobernando sin intervencion del pueblo ni del Senado, como señor absoluto. De hecho el prólogo habia concluido, y la monarquía, producto fatal de los excesos demagógicos, habia empezado ya.

SYLLA.—Cuando Cinna supo que Sylla se acercaba, marchó á Ancona, en donde sus soldados amotinados lo asesinaron, quedando encargado Carbon del mando del ejército. En Roma el Senado tuvo una veleidad de independencia, nombró cónsules por su cuenta y estos salieron á combatir contra Sylla. Este penetró en Italia con 40000 hombres, pero sus filas empezaron á engrosarse y se le presentaron entre otros distinguidos aristócratas, Metelo, que andaba fugitivo en Liguria y el jóven Cneus Pompeyus, hijo de Strabon, que habia sublevado el Picenum.

Penetrando en lá Campania derrotó al cónsul Norbano y logró que se le pasara en masa el ejército de Scipion, el otro consul, hechura del Senado, y cuando terminó la primera campaña, eran suyas la Campania, la Apulia y el Picenum.

Los dos nuevos cónsules Carbon y el hijo de Mario, jóven heróico y sanguinario que contaba veinte años apenas, se encargaron éste de detener á Sylla, y Carbon de luchar en el Norte contra Metelo. Sylla derrotó á Mario en *Sacriportus* y dejando delante de Preneste á uno de sus lugartenientes pasó por Roma y fué á ayudar á Metelo á batir á Carbon. Operando contra él y despues de algunas batallas de éxito

dudoso supo que los contingentes de Samnium (70,000 hombres) iban en auxilio de Preneste; volvió rápidamente al Lacio y se colocó de suerte que los italianos no pudieron socorrer la plaza. Mientras esto pasaba al Sur de Roma, Metelo y Lúculo destruian completamente el ejército de Norbano en el Pó y penetraban en la Etruria. Carbon no los esperó, sino que huyó al Africa; su ejército se desbandó en parte, y el resto se dirigió á Preneste con Carrinas, ó fué destruido por Pompeyo.

La campaña tocaba á su fin. El último episodio fué terrible. El ejército revolucionario que iba á socorrer á Preneste, rechazado por Sylla, marchó rápidamente sobre Roma; el general aristócrata lo siguió precipitadamente y la batalla tuvo lugar cerca de la puerta Colina. Duró dos dias este terrible encuentro que acabó por una espantosa carnicería: poblaban el aire los gemidos de las víctimas todavía, cuando Sylla vencedor, dictaba impasible sus primeras voluntades al Senado. La restauracion de la oligarquía estaba consumada. Mario el jóven se habia dado la muerte en Preneste, Carbon cayó poco despues en manos de Pompeyo, que lo hizo ejecutar en Sicilia, y Sertorio andaba fugitivo por las Mauritias.

Mientras Pompeyo sometia el Africa y otros generales las Galias y la España; mientras los sitios concluian y se celebraba una nueva paz con Mithridates, Sylla distribuia sus soldados en toda la Italia, se hacia nombrar dictador con facultad de legislar y de gobernar á su antojo, pues su voluntad era la voluntad del pueblo romano, y su obra de terror comenzaba. Nunca monarca más absoluto eligió medios más crueles para restaurar instituciones que era imposible volver á poner en pié. Primero quiso el dictador nivelar el camino, y se abrió una era de matanzas, de pros-

cripeion, de confiscaciones, que empezaron por los enemigos políticos y luego no reconocieron clasificación ni límite. En Roma y en toda Italia, las bandas sylanas, acaudilladas por facinerosos, entre quienes ocupaba Catilina el primer lugar, sembraban el espanto. Todos los hombres ricos eran amenazados de muerte, para poder, con más seguridad, ser despojados de sus bienes; solo los tiempos más siniestros del imperio, presentan alguna analogía con el terror silano. Los numerosos detalles recogidos por la historia sobre este período memorable, ponen espanto en el ánimo y no los repetiremos. Nos bastará fijarnos en este hecho: la destrucción sistemática del Samnium; Sylla no quería que quedase vivo un solo samnita, y poco más o menos, se cumplió su deseo. En aquel país de bravos, convertido en un cementerio inmenso, no volvió a haber otros habitantes, que los soldados del dictador esparcidos en diversas colonias.

Cuando el silencio reinó en Italia y no se oía más que el golpe del hacha ó el paso de los sicarios, Sylla formuló su legislación oligárquica. Se puede reducir á esto: el Senado, cuyos vacíos se llenaron con trescientos caballeros devotos del dictador, recobró el poder judicial y el derecho de examinar las leyes antes de ser presentadas á la asamblea popular, para dar su venia, los gobernadores de las provincias quedaban bajo su dependencia; restricción del derecho de iniciar las leyes que tenían los tribunos, y del derecho del veto, arma poderosa de aquellos magistrados populares, que quedaron envilecidos, desde el momento que el que era tribuno quedaba inútil para cualquier otro cargo. El pueblo elector perdió en realidad su poder legislativo; la censura fué nulificada y deprimido el orden ecuestre.

Dió además algunas leyes penales, mutuarías y económicas, como la que perdonó una parte de las deudas. Por lo demás, prodigó el derecho de ciudad á los italianos, dejó á los nuevos ciudadanos repartidos indistintamente en las tribus, lo mismo que á los libertos con quienes inundó á Roma. Pero su obra predilecta fué la del establecimiento de colonias militares en toda la Italia.

Cuando hubo concluido de restaurar la oligarquía, abdicó la dictadura, ó por deseo de ver funcionar la nueva máquina gubernamental, ó por hastío y desprecio de los hombres, por ambas cosas quizá, y se retiró á su villa de Cumas. (79) Un año después, mientras se ocupaba en escribir sus memorias y en ejercer algunos actos de venganza, murió á consecuencia de una hemorragia, tranquilo y satisfecho «como un ciudadano en su ciudad.» (Corneille.) Roma le hizo funerales magníficos, sus veteranos le llevaron con una pompa inmensa al través de la Italia; dos mil coronas de oro se colocaron en su féretro y en torno de su pira danzaron el baile sagrado sacerdotes, senadores y caballeros. Un año llevaron luto las damas romanas.

Hombre singular: impío que tenía en su estrella una confianza ciega y que por eso se hacía clamar *Felix* y daba á su mujer y á su hijo los nombres de Fausta y Faustino. Jamás dudó de su fortuna y ésta nunca le fué infiel. Profundamente corrompido, y friamente cruel, su vida fué la de un sibarita enamorado de la sangre; tan voluptuoso y refinado que un gran historiador le ha llamado el *D. Juan* de la política (Momsem) y capaz, á fuerza de excepticismo, de tanto despreñamiento, que ha sido posible compararlo sin sacrilegio á Washington (!) Sylla fué un hombre de extraordinarias cualidades inferior-

res á sus vicios; ni el éxito de su obra imposible de dar vida á una aristocracia podrida hasta la médula, está ahí para justificarlo. Lo que le dá un carácter típico, digámoslo así, es que fué el primer fruto maduro de aquella enorme organización de despotismo, de violencia y de corrupción, producto de la reacción del mundo conquistado sobre la ciudad conquistadora. Fué el primer emperador y es como una condensación anticipada de todos ellos; genio, sensualismo, crueldad, energía, podredumbre, todo lo reunía. Su carácter ha sido un enigma para la historia, que jamás lo podrá absolver, pero que se lo explicará, dado el medio social en que vivió, en que las instituciones eran una mentira insolente y la virtud una tradición risible.

POMPEYO.—A la muerte del dictador quedaron en pie el Senado henchido de facultades, pero sin un caudillo y los populares cuyo programa era la restauración del tribunado, la supresión de las atribuciones judiciales del Senado, la vuelta de todos los proscritos, la devolución de todos los bienes confiscados, la rehabilitación de los muertos y el enjuiciamiento de todos los agentes del terror silano. En este sentido trabajaban el ánimo público en Roma y en Italia numerosas heterías, asociaciones análogas á nuestros modernos clubs poderosamente organizadas, focos de agitación é instrumentos de dominación para los audaces, entonces como ahora. Entre los dos extremos había hombres que pertenecían al partido moderado y que aceptaban una parte del programa democrático en cuanto pudiera conciliarse con la vuelta á su antigua preponderancia de la aristocracia del dinero. Una generación nueva comenzaba á descollar: Marcus Tullius Cicero, joven abogado que se había atrevido á manifestarse independiente aun en tiempo de

Sylla, ante los tribunales y que había sorprendido á todos por la abundancia armoniosa de su frase y por la elegantísima habilidad con que manejaba la lengua; Cayus César, joven inquieto y audaz, que á los veinte años se había atrevido á desobedecer á Sylla, que le ordenaba repudiar á su mujer, hija de Cinna y que huyendo de la cólera del dictador había ido á Oriente, había mostrado un arrojo temerario en sus aventuras romancescas con los piratas y en el sitio de Mytilene y que por sus maneras afeminadas y elegantes había cautivado al rey de Bythinia Nikomedes, con cuyo motivo se formó en Oriente una abominable leyenda que en Roma se hizo luego popular entre los maldicientes. De este Julio Cayo César había dicho proféticamente Sylla: hay dentro de esa túnica mal ceñida muchos Marios. Porcius Cato, austero afiliado en las doctrinas filosóficas del Pórtico, hombre que solo profesaba el culto de la verdad, ageno á toda noción política positiva, enemigo de todas las facciones y amigo solo del deber contra todos, contra su tiempo y contra sus contemporáneos, figura sublime y fría que el destino deparó á Roma como para que la agonía de la República se impusiese al respeto de todos los siglos. Marcus Crassus, hombre vulgar de ambición desmesurada, que había empezado su fortuna con las confiscaciones ordenadas por Sylla y que era en aquellos momentos el capitalista más rico de Roma. Ligado con las heterías por un lado y gozando por otro de gran influencia en el Senado, aspiraba á ganar por medio de dinero el primer puesto en la República. En segunda línea venían los dos Lucullus, Lucio sobre todo, distinguido personaje á quien Sylla confió la tutela de su hijo y que en una campaña en Oriente desplegó talentos militares de primer orden, pero que inmensamen-

te rico y disgustado de la política pasó su vida en el fondo de sus palacios y de sus *villas* en medio de un lujo proverbial y entregado al cultivo de las letras griegas; y mas abajo todavía agitadores como Lépido, á quien Pompeyo habia logrado hacer cónsul á pesar de la oposicion de Sylla y que apenas habia muerto el dictador proyectaba destruir la constitucion oligárquica; Catilina, ferroz sicario de Sylla, lleno de energia y de talento, ligado por el crimen con una multitud de hombres como él, incapaces de encauzar sus pasiones y dispuestos para satisfacer su ambicion, á trastornarlo y á destruirlo todo. Hubo otro personaje, que pertenecia al patriciado y que pronto iba á alcanzar una innoble celebridad, Verres, en quien se personifica la que entendi6 aquella aristocrática por gobierno de las provincias; cuando gobernó la de Sicilia, se apoderó de todas las fortunas, que halló al alcance de su mano; saqueó insolentemente los templos, robándose las estatuas mas veneradas de los dioses para adornar sus galerias, tratando con los piratas que pillaban los convoyes de cereales que iban á Roma y capaz, en su desden insolente por las leyes de su país, hasta de crucificar á un ciudadano romano. El proceso de este célebre criminal habia de servir á Ciceron para obtener uno de sus mas espléndidos triunfos y al Senado para recibir una derrota irreparable.

Pero todas estas celebridades en el bien ó en el mal estaban por venir. El que ya la tenia pues que el, mismo dictador despues de algunas campañas felices le habia saludado con el nombre de *grande*, era Cneo Pompeyo. Hombre era este, de medianas virtudes, pero de aspecto augusto, vanidoso y bondadoso, capaz de hacer un honroso papel secundario y á quien el destino colocó siempre en primer término para

precipitarlo mejor: pocos hombres hay en la historia, que mereciesen menos su grandeza y su desgracia.

Apénas habia muerto Sylla y el Senado para desembarazarse de Lépido le habia encargado del proconsulado de la Narbonesa, cuando la revolucion estalló con esta sola palabra mágica: restablecimiento del poder tribunicio. Lépido marchó con un ejército sobre Roma, mientras Junius Brutus lo secundaba en la Cisalpina. El Senado recurrió á Pompeyo que no ejercia ningun cargo oficial; Lépido, derrotado en el puente Milvio y en Etruria, fué á morir de despecho en Cerdeña, y Bruto sucumbió, atacado por Pompeyo, en Módena. (77).

En seguida marchó á someter á los españoles. Sertorio, el hábil oficial que se habia distinguido tanto en el partido de Mario, despues de varias tentativas infructuosas para apoderarse de España, logró, por los años de 82, sentar sus reales en ella. Sus talentos militares y su conocimiento profundo del país, le sirvieron mucho para organizarlo y para identificar en cierto modo la idea de la independencia de aquellas provincias con la del restablecimiento de la democracia en Roma. Mithridates le enviaba embajadores como si fuera el poder supremo en la República; los piratas le servian de correos; muchos de los proscritos de Sylla, y entre ellos Perperna con un ejército de italianos, se unieron á él, con lo que habia Sertorio, verdadero rey de España, organizado una especie de gobierno á la romana, instituido universidades para educar á los jóvenes españoles, (Huesca) y aquellos bravos montañeses lo deian hacer y lo seguian como á un inspirado de los dioses.

A pesar de la presencia del aguerrido ejército de Metelo en España, Sertorius habia hecho cundir la rebelion en la

Narbonesa y amenazaba ya á Italia cuando llegó Pompeyo, despues de ejercer á su paso por las Galias terribles actos de crueldad. Sertorio lo aniquiló casi en 76; al año siguiente Metelo y Pompeyo batieron á sus lugartenientes, pero hubiera sido deshecho por Sertorio este último si el primero no hubiese llegado á tiempo para operar la reunion de los dos ejércitos. En otra batalla cerca de Sagunto, gracias tambien á Metelo, vencieron los romanos. Los acontecimientos de los años siguientes (73 y 72) nos son desconocidos; la mala política de Sertorio acabó por disgustar á los españoles que empezaron á abandonarlo; por último Perperna le hizo asesinar. Metelo entonces se volvió á Italia y como Perperna fué vencido y capturado por Pompeyo, á éste tocó la gloria de haber dado fin á la guerra.

Quiso su buena suerte que el pacificador de España volviese á Italia á punto para cosechar los laureles sembrados por otro en la guerra servil. Ya hemos hablado del número inmenso de esclavos que habia en la península y cómo en todas partes habian reemplazado al trabajador libre; hemos mencionado tambien las frecuentes insurrecciones esclavistas y la dificultad que habia tenido Roma para sofocarlas; el mal estado de las provincias, los avances increíbles de la piratería en todo el Mediterráneo y la incierta situacion del gobierno, convidaban á una nueva intentona. La rebelion estalló en Capua en un cuerpo de gladiadores (73), que huyeron nombrando tres jefes, uno de los cuales, Spartacus, era hombre extraordinariamente enérgico y perspicuo; durante cerca de dos años desafiaron el poder de Roma, infligiendo serias derrotas á los cónsules mismos. Como hombre capaz, Spartacus, comprendió que seria imposible luchar por mucho

tiempo con la República y que el mejor partido era salvar los Alpes y volver cada uno á sus países. Las hordas que lo seguian prefirieron diseminarse en Italia. Entretanto en Roma se habia depuesto á los cónsules confiando el mando supremo en la campaña á Crasso. Este fué siguiendo á Spartacus desde el Picenum, hasta la península de Reghium, á donde se habia dirigido con el objeto de provocar una revolucion en Sicilia. Allí lo encerró Crasso, haciendo construir inmenso muro de mar á mar. Cuando Spartacus perdió la esperanza de insurreccionar la Sicilia, salvó aquella muralla con todo su ejército y volvió á Italia. Crasso lo siguió rápidamente: sin embargo no le hubiera dado alcance, si las tropas serviles incapaces de disciplina no hubieran obligado á su jefe á librar batalla. La lucha fué terrible, pero al fin las legiones se sobrepusieron y hubo entonces una gran carnicería. Spartacus pereció heroicamente (71). Los restos del ejército servil se precipitaron hácia los Alpes; Pompeyo los destruyó completamente y se atribuyó el éxito final de la campaña. Su triunfo fué espléndido y el pueblo aun antes de que hubiese pasado por los empleos de cuestor y de edil lo hizo cónsul. La gloria militar volvia á ocupar el primer lugar en la República, á pero ahora era el anuncio de la monarquía. Para recompensar al pueblo su entusiasmo por él, Pompeyo se alió con Crasso y con el joven César é hizo devolver al tribunado todas sus prerogativas. Desde entonces la autoridad del Senado entró en plena decadencia (70). Ciceron enteramente devoto al partido de los caballeros, aliados con la democracia en odio al Senado, le asestó un golpe furioso en el proceso de Verres, desacreditando para siempre el ejercicio del poder judicial en manos de los senadores. Consecuencia de esto fué el

restablecimiento de la censura, la degradación de más de sesenta senadores y la pérdida del monopolio de los juicios en materia de concusiones. Así es que la Constitución regada con tanta sangre por Sylla, no había podido vivir una década. En aquella oportunidad hubiera podido Pompeyo hacerse dictador y lo deseaba; pero como nunca estuvo su voluntad á la altura de sus ambiciones, prefirió licenciar sus tropas y retirarse á la vida privada en espera de más propicia ocasión. Esta se presentó bien pronto. Los piratas se habían hecho de tal manera dueños del Mediterráneo que capturaban impunemente los convoyes que la Sicilia y la Cerdeña enviaban á Roma. Cuando el pueblo sintió hambre volvió los ojos á Pompeyo. Entonces uno de sus amigos, el tribuno Gabinio, hizo una moción para que se le diera un mando militar sin límites en todo el Mediterráneo y en las costas; todo debía quedar sometido á sus órdenes y el poder entero del senado y del pueblo se encarnaron en aquel verdadero emperador del mar. El golpe era rudo para la democracia, pero los caudillos de la facción comprendieron que sería inútil oponerse á ella y solo vieron el golpe dado á la oligarquía. Efectivamente desde que un mando militar extraordinario y superior al de los cónsules podía ser confiado por el pueblo, el consulado, instrumento eterno de la oligarquía, había perdido su importancia y el Senado por ende. A pesar de la oposición de los padres conscriptos, la ley Gabinia fue votada y otra, poco tiempo después (*lex Manilia*) que quitaba al *optimatus* Lúculo, la dirección de la campaña contra Mithridates y se la daba á Pompeyo. Este dividió el Mediterráneo en varias secciones y en tres meses con admirable acierto, unas veces por la dulzura y otras por la fuerza, limpió el mar de piratas. Esta política de benevolencia llegó hasta

el grado de que habiendo aceptado Pompeyo las proposiciones de arreglo que le hacían los habitantes de Creta, cuya conquista estaba verificando Metelo, envió á sus lugartenientes á la isla y como Metelo no hiciera aprecio de los arreglos ajustados con Pompeyo, los soldados de este lucharon con los cretenses contra Metelo, aunque en vano. Pudo ser aquel un principio de lucha civil; Pompeyo la conjuró á fuerza de prudencia. Una vez que el feliz capitán hubo destruido las inaccesibles guaridas de los piratas en Kilikia, fue á encargarse de la campaña contra Mithridates.

El sultan del Ponto había quedado desde su segundo tratado de paz con Sylla esperando una oportunidad para sublevar el Asia contra los romanos. Su instrumento para dar cima á aquella colosal empresa era su yerno Tigranes, que gracias á que el reino de los parthos había entrado en uno de esos períodos que semejan la muerte y que es un mal crónico de los pueblos orientales, había engrandecido su reino de Armenia extendiendo sus conquistas en todas direcciones, y dominando casi todo el antiguo imperio seleucida apoderándose de la Kapadokia y de parte de la Kilikia. Roma veía con inquietud á Mithridates consolidando su dominación en el Ponto y á Tigranes paseando por los litorales sirios del Mediterráneo sus ejércitos de cerca de un millón de hombres, como en los tiempos de Daríos y de Jerjes. En tal estado las cosas, murió Nikomedes III rey de Bithynia legando su reino á los romanos que inmediatamente se apoderaron de él, haciéndose vecinos del rey del Ponto. Este, comprendiendo que aquella era una ocasión propicia, mientras una parte de los ejércitos de Roma estaban ocupados en España, declaró la guerra. Entró desde luego en tratos con Sertorio y los piratas, y empezó sus sangrientas hazañas degollando romanos en el Asia menor (74).

Lúculo se encargó de la dirección de la campaña. Empezó por restablecer la tranquilidad en el Asia menor, después á pesar del descalabro de su lugarteniente Cotta obligó á Mithridates á levantar el sitio de Kalkedonia y luego maniobrando hábilmente siguió al rey del Ponto que con su inmenso ejército puso sitio á Kiziquia; este ejército se disolvió por hambre, pereciendo sus restos, mientras Mithridates huía. A poco perdió el rey su segundo ejército y su reino del Ponto, yendo á refugiarse en Armenia. Tigranes rehusó entregarlo y Lúculo con un puñado de hombres haciendo una marcha prodigiosamente audaz batió al gran rey y tomó á Tigranocerta, en donde sus soldados se hartaron de botín. Al año siguiente (68) volvió á batió á Tigranes é iba á apoderarse de Artaxata, ciudad construida en las faldas del Ararat por Hannibal, según la tradición, cuando los legionarios rehusando seguirlo por más tiempo en aquel rudísimo clima, obligaron á Lúculo á retroceder hasta la Mygdonia en donde tomó á Nisibe (67). En estos momentos el partido de los caballeros, furioso contra Lúculo que había reprimido en todas partes las exacciones de sus agentes en el Asia, le quitó el mando dándole a Glabrio, que se vio obligado á huir á Bithynia ante los ejércitos de Mithridates y Tigranes que aprovechándose de la forzosa inacción de Lúculo habían recobrado sus estados. Entonces Pompeyo recibió el encargo de reemplazar á Lúculo que se retiró á la vida privada en el seno de un lujo que maravilló á sus contemporáneos.

Pompeyo batió á Mithridates y en el campo de batalla fundó á Nikópolis (ciudad de la victoria). El rey, rechazado por Tigranes, huyó á la Kólkida; esto de nada sirvió á Tigranes que tuvo que solicitar de rodillas la paz. La Ar-

menia fue desmembrada, pero no tanto que no pudiera servir á los romanos de instrumento contra los parthos. El año 65 penetró Pompeyo en la Albania y en la Iberia hasta los bordes del Fasis, en cuya desembocadura le esperaba la escuadra. Renunciando á perseguir á Mithridates en aquellos desiertos, volvió al Ponto y de ahí atravesando el Asia menor penetró en la Siria. Ahí imperaban los hijos del desierto, árabes que protegidos por Tigranes habían subido á las regiones septentrionales de la Siria y las habían dominado; los judíos cuyo imperio floreciente desde la rebelión de los Macabeos había llegado á su apogeo en tiempo de Alejandro Jannai comprendiendo toda la región entre el valle del Jordan y el Mediterráneo, se habían luego entregado á luchas religiosas entre los ortodoxos fariseos y los saduceos (heterodoxos) y se encontraron envueltos en luchas intestinas, en que habían tomado parte los nabateos, pueblo semítico que venía de las regiones caldeas y que había llegado á sitiar á Aristóbulo en Jerusalem. Todos estos pueblos se habían distribuido la Siria, quedando además algunas ciudades independientes. Pompeyo que quería dar á la República por límite oriental el Eufrates, redujo á provincias la Siria y la Fenicia, colocó á Hyrkano, el candidato de los fariseos, en el trono de Jerusalem, de cuyo templo se apoderó por la fuerza, y luego marchó contra los nabateos que acabaron por comprar la paz. Durante esta campaña supo que Mithridates traicionado por su hijo Farnakes se había dado muerte en Pantikapea (63) precisamente cuando combinaba un inmenso levantamiento de los pueblos bárbaros para precipitarlos sobre Roma. El paricida heredó el reino del Ponto. Entonces Pompeyo acabó de organizar la parte del Asia que había entrado defi-